

Inglaterra, aposentada muy al norte en el turbio mar, ahora visita mis sueños con la apariencia de un vasto y bien comandado barco, que dominaba los vientos y navegaba orgulloso sobre las olas. En mi infancia, ella era el universo para mí.

Mary Shelley, *El último hombre*

PRÓLOGO EXCÉNTRICAMENTE *BRITISH*

El té de las cinco. El críquet. La caza del zorro. Dickens. La ropa de *tweed*. Oxford y Cambridge. El *gentleman*. Shakespeare. Las *fish and chips*. Todo lo inglés es, antaño y aún hoy, sinónimo de cosa bien hecha o de clase; lo advirtió Ignacio Peyró al comienzo de una colosal obra —*Pompa y circunstancia*, por extensión y utilidad— en que reunió un millar de páginas sobre un país que ha abanderado durante siglos algunos de los asuntos más interesantes y trascendentes de la política, la sociedad y las artes.

En contraste con sus Estados vecinos europeos, que han ido sufriendo una variedad recalcitrante de regímenes restauradores, monárquicos, dictatoriales, imperialistas o republicanos, decía el autor, «Inglaterra ha vivido todo este tiempo en el discurrir de una monarquía parlamentaria asentada con firmeza, y sin un solo amago revolucionario desde el siglo xvii». En su *Diccionario sentimental de la cultura inglesa*, como rezaba el subtítulo, se sumergía en las contradicciones de la fortaleza institucional de lo *british*, abordaba su orgullo nacional y demostraba cómo tantas invenciones y hábitos salieron de Londres para inundar el mundo entero.

Semejante pomposo orgullo tal vez no pueda entenderse mejor que mediante una noticia que *The Times* publicó un día y que tituló: «El continente, aislado por la niebla». Mencionaba este detalle genial José Martí Gómez en un libro en que recopiló lo que llamó *El corazón inglés* —tomado de un fragmento de *El buen soldado*, de Ford Madox Ford—, a partir de su trabajo periodístico, y que empezaba por el texto «Un gran país en el que hasta los lores son imprevisibles».

El artículo tomaba el pulso social y político del momento, y sobre todo quería expresar del porqué de tal grandeza en un país que conduce por la izquierda, que mide en millas, donde se conoce como secretario de Estado al habitual ministro de los otros lugares, en que suena una campana que anuncia, a las once de la noche, que ha llegado la hora de dejar de pedir bebida. Y entonces se preguntaba si estábamos frente a un país excéntrico, y solo podía contestarse reconociendo, de nuevo, que era «un gran país» dentro de curiosas contradicciones: inventor de deportes sin tener demasiada capacidad competitiva, carácter de la gente frío impul-

sora de la mayoría de organizaciones humanitarias, deseo de cumplir las normativas y rechazo a pertenecer a la Unión Europea...

Decía Novalis que cada inglés es una isla, como solía recordar uno de los mejores lectores que ha tenido la literatura inglesa, Jorge Luis Borges, que, por cierto, contaba la anécdota de que, de niño, la primera vez que leyó *El Quijote* fue en inglés. Y algo hay de esa actitud isleña en el vanagloriarse del suelo que se pisa y la historia que se tiene detrás como ciudadano, pues «a un inglés le gusta sentir el peso del pasado en su espalda; y, además, la antigüedad que lo abruma ha enraizado en su ser», como dijo Nathaniel Hawthorne, a quien, por cierto, el presidente estadounidense Franklin Pierce le dio el cargo de cónsul en Liverpool en 1853. Citaba esas palabras Henry James, otro norteamericano que se estableció en Inglaterra, obtuvo la nacionalidad británica y hasta fue distinguido por la Orden del Mérito del Reino Unido.

INGLATERRA ES... EL LONDRES A RAS DE SUELO...

Son incontables los escritores que han quedado hechizados por un suelo y una forma de vida urbana concretos, y le han dedicado novelas, crónicas viajeras, investigaciones históricas. Tal vez la que más ha disfrutado de todo ello, con el permiso de Nueva York y París, sea la abanderada de un imperio que duró siglos y que contiene una potencia literaria sin parangón en la que las artes han establecido vínculos estrechos con la sociedad en todos sus ámbitos: Londres.

Durante los últimos cuatrocientos años, en efecto, la relación entre arte, nobleza, política, público y hasta medios de comunicación —ya a comienzos del siglo XVIII Londres contaba con una veintena de periódicos—, tan propia de cualquier ciudad actual, tuvo en la capital británica una imbricación muy específica frente al hecho de entender la cultura y el carácter de todo un país. Chateaubriand, en 1793, descubrió allí una sociedad, presidida por el duque de York, que prestaba ayuda a los literatos en apuros, ya fueran ingleses o extranjeros; en el plano ficticio, el *Orlando* renacentista de Virginia Woolf financiaba la obra de sus admirados poetas; en el histórico, Shakespeare compuso varias obras para satisfacer las órdenes de la reina Isabel; en el literario, el nombre de todo un barrio, Bloomsbury, trascendió por la reunión de intelectuales y artistas, a raíz de la vida allí de Virginia Woolf y su círculo de amistades.

De esta es, precisamente, un libro compuesto por seis pinceladas sobre la ciudad de 1931: *Londres*; en uno de estos textos, «El oleaje de Oxford Street», se leía cómo «la calle es un criadero, una dinamo de sensaciones. Del pavimento parecen brotar horribles tragedias». Muchos años después, un solitario J. M. Coetzee, que había huido de su Sudáfrica natal, tal vez pensara algo similar, pero, impelido por sus ansias artísticas, dejó escrito algo más esperanzador en su biografía *Juventud*: «Puede que Londres sea glacial, laberíntica y fría, pero tras sus muros intimidatorios hombres y mujeres trabajan escribiendo libros, pintando cuadros, componiendo música. Uno se cruza con ellos a diario por la calle sin adivinar su secreto gracias a la famosa y admirable discreción británica».

De esa ciudad discreta, laberíntica y fría se publicó una *Guía literaria de Londres* el año en que la ciudad celebraba este siglo los juegos olímpicos. Consciente sin duda de que Londres estaría en el podio de los lugares que más literatura han inspirado, Joan Eloi Roca hacía de maestro de ceremonias en un libro que ofrecía la visión de cuarenta escritores —más la sorpresa del príncipe Carlos, con un discurso sobre la belleza de la antigua arquitectura londinense— que bien podrían ser engalanados con una corona de laurel por sus diferentes aportaciones, desde el historiador romano Tácito hasta el poeta y narrador D. H. Lawrence.

Se decía que el actual puente de la Torre de Londres ocupa el mismo lugar que ocupó su primer puente, de madera, en el año 90. Londres fue invadida por los vikingos (se reproducía la narración al respecto del islandés Snorri Sturluson), consumida por una gran peste (vemos sus estragos en el diario de Samuel Pepys) y destruida por un incendio en el siglo XVII, bombardeada en la Segunda Guerra Mundial y amedrentada por los atentados del IRA, pero en cada ocasión renació de sus cenizas. Hace cien años era la ciudad más grande del mundo, y con la celebración del acontecimiento más internacional del deporte, en el año 2012, se convirtió en la primera en acoger tres olimpiadas, después de la cuarta edición de 1908 y la decimocuarta de 1948.

Guía literaria de Londres servía, felizmente, de libro de historia tanto por la información que Roca colocaba para contextualizar cada texto como por la serie de grabados, dibujos y fotografías con el que estaba magníficamente ilustrado. Se trataba, también, de una curiosa y útil guía turística que, a pesar de recorrer dos mil años, era útil para el hoy, pues se describían con detalle los lugares más emblemáticos de la capital inglesa con el gran aliciente de que esos comentarios estaban firmados por algu-

nos de los más celebrados escritores —también en su faceta de viajeros— de las letras anglosajonas.

De tal modo que Daniel Defoe comentaba la reconstrucción de la catedral de San Pablo; Oscar Wilde hablaba del Londres al amanecer y de un fumadero de opio (extraído de *El retrato de Dorian Gray*); James Boswell confesaba en su *Diario de Londres* sus encuentros sexuales con desconocidas; Charles Dickens hablaba de la calle Piccadilly para un diccionario; Jack London denunciaba las condiciones de vida del East End; G. K. Chesterton comparaba Londres —«un enigma»— con París; Washington Irving abordaba las partes de la Abadía de Westminster; Mark Twain aparecía desde su autobiografía; de Henry James se aportaba un pasaje de una novela corta en la que su protagonista femenina visitaba el museo Soane; Charlotte Brontë celebraba la Gran Exposición Universal de 1851...

Pero también había testimonios que procedían de otras lenguas. Roca eligió pasajes, entre otros, de la obra del ruso Fiódor Dostoievski, que describía las miserias de una calle llena de niños andrajosos y jóvenes prostitutas, del italiano Edmundo d'Amicis, del francés Théophile Gautier, del birmano Saki, del japonés Natsume Soseki y del castellanense Antonio Ponz. En concreto, de este humanista y pintor del siglo XVIII se aportaban ochenta páginas de su *Viaje fuera de España* por la importancia de su cometido: «Defender a España de las críticas de viajeros y filósofos extranjeros y de contribuir a la reforma económica, social y artística de nuestro país con los conocimientos que pudiera adquirir». Un escrito cuya desmesurada extensión, a efectos de un libro antológico, contrastaba con piezas minúsculas como unos grafitis romanos o unos versos de Lord Byron.

La selección, sin embargo, contaba con varios textos de escasa enjundia pese a los firmantes: unas frases de Jane Austen sobre una fiesta, dos páginas de un Henry James epistolar acerca de la casa de un hombre muy comprometido con el patrimonio histórico local, o unas palabras mínimas de Joseph Conrad a propósito del Támesis, cuyos túneles, por cierto, construidos entre 1825 y 1841, tienen más extensión que debajo del río de cualquier otra gran capital. Destacaba la presencia de las siete «reglas para vivir en Londres» que un chistoso Rudyard Kipling le envió a su hija, que preparaba un viaje en 1908, así como la ausencia, siquiera con una mención, del máximo especialista actual de la ciudad de Londres, el novelista y biógrafo Peter Ackroyd, que en su descomunal *Londres. Una biografía* investigó la historia de la capital inglesa, desde el siglo I, cuando los

romanos conquistaron Britania y fundaron Londinium, hasta el siglo xx, a lo largo de mil páginas acompañadas de todo tipo de imágenes.

... Y EL LONDRES BAJO TIERRA

Ackroyd, además, profundizó literalmente en su conocimiento de la ciudad lanzándose a investigar el mundo subterráneo de Londres, tanto el material como el simbólico, diez años después de la biografía de su ciudad de nacimiento, el cual ya integraba un breve capítulo titulado «Bajo tierra». Este se abría con la reproducción de un retrato de «un rastreador de cloacas» que buscaba objetos para venderlos después; en el pie de la ilustración se podía leer que se trataba de «una profesión peligrosa y menospreciada», la cual sin embargo podía dar réditos económicos en la sociedad miserable del siglo xix. No en vano, para buscarse la vida cualquier camino era bueno, aunque para ello fuera necesario viajar a las profundidades, en plena oscuridad e insalubridad.

Así, en dicho capítulo, el experto en Shakespeare y tantos otros autores anglosajones hablaba de un universo compuesto por cámaras, túneles, criptas y catacumbas en los edificios importantes de su ciudad. Todo lo cual fue ampliado en *Londres bajo tierra*, una investigación donde «el miedo a las entrañas» se ponía de manifiesto a lo largo de los siglos, dado que el desenso evocaba lo mitológico: paisajes como el río Estigia, que comunicaba el mundo de los vivos con el de los muertos, o animales monstruosos, como el Minotauro, Cerbero y Anubis, que en la Antigüedad estaban emparentados con «el mundo inferior»; en suma, un «lugar de sueños y alucinaciones», «un lugar imaginario donde se han trastocado las circunstancias normales en que se desarrolla nuestra vida diaria».

Ciertamente, con este trabajo era posible adentrarse en los pormenores del subsuelo londinense: tanto el conocido, caso naturalmente del metro, que abarca casi mil kilómetros cuadrados y cuatrocientos kilómetros de vías —su primer trazo data de 1840—, como del «mundo secreto» que se extiende por High Holborn o Whitehall, en pleno centro de Londres, compuesto de «pasadizos y cámaras enterradas». Ya desde el siglo xix, fue apareciendo una nutrida bibliografía sobre las entrañas de Londres, como *Underground London* (1862), de John Hollingshead. Más tarde, Walter George Bell dice, en *Unknown London* (1919): «He bajado más escaleras para explorar la ciudad enterrada de las que me he esforzado por subir en la City», lo que señala que hay más por ver debajo que sobre la

superficie. Por su parte, Richard Trench y Ellis Hillman publicarían, más recientemente, en 1993, *Londres bajo Londres. Una guía subterránea*, en la que hablaban de la construcción de los túneles del Támesis, que llevó a la muerte a muchos trabajadores por ahogamiento, asfixia, disentería o en incendios. Y también está el caso de Michael Moorcock, que en una novela de corte fantástico, *Mother London* (1988), hizo que el protagonista se refugiara en el metro en plena guerra, hablando de ese mundo subterráneo, intercomunicado, que ocultaba una «raza troglodita».

No en balde, en el siglo XIX se pensaba que el subsuelo acogía a todo tipo de maleantes y viciosos, individuos que salían de noche para perpetrar sus crímenes. Hoy, los peatones que pisan Londres, muy probablemente, desconocen que «deambulamos por encima de lo que fuera la ciudad en el pasado, allí donde, bajo ocho metros de tierra amontonada y prieta, se guarda toda su historia, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días», decía al inicio Ackroyd, insinuando que el subsuelo es el reverso de lo visible y de un lejano tiempo pretérito. Antiguamente, trabajaban allí «fregadores» o «barredores», que despejaban los desagües y destaponaban obstrucciones, o los rastreadores de alcantarillas, de los que existen numerosas historias fantásticas, como aquellas que afirman que muchos murieron al respirar el aire nauseabundo de las cloacas o que fueron asesinados por ratas gigantes.

Un viajero alemán del siglo XVIII dijo que «un tercio de los habitantes de Londres viven bajo tierra», en referencia a unos sótanos o «viviendas de bodega» —ocultos porque había que cerrarlos con una trampilla— que se alquilaban a la gente muy pobre y a los que se llegaba bajando por unas escaleras. Hawthorne escribió sobre las profundidades de Londres tras ver a mujeres que salían de agujeros para pedir limosna; y Dickens, en «La ciudad del ausente» (1861), mencionó los «sótanos solitarios donde los banqueros guardan los dineros, y donde, a buen recaudo, esconden la vajilla de plata y las joyas, ¡regiones subterráneas dignas de la Lámpara Maravillosa!».

Y es que estamos también ante un lugar propicio para el ocultamiento de la riqueza o el hallazgo de seguridad. Como detallaba Ackroyd, en las cámaras del Banco de Inglaterra, «en lingotes de oro, se guarda el segundo mayor tesoro del mundo»; y bajo las sedes de organismos oficiales, hay «túneles, búnkeres, despachos y centros de mando», que se prepararon en la Segunda Guerra Mundial —durante los bombardeos, la gente se escondía en los refugios subterráneos de las criptas de las iglesias— o con vistas a defenderse de la amenaza atómica de la Unión Soviética.

tica. Asimismo, el Covent Garden y Trafalgar Square estarían conectados por unos pasadizos que configurarían «una ciudad en miniatura bajo la superficie»; y «por debajo de Piccadilly Circus, se extiende una plaza abandonada y solitaria de enormes dimensiones, y surcada por miles de pasajes».

Así, viviendo como topos, entre la humedad y lo lóbrego, durante la Primera Guerra Mundial, sobrevivieron o malvivieron más de trescientos mil londinenses, que se refugiaron en las estaciones del metro, hasta el punto de convertir su vida terrestre en subterránea, lo que hizo temer a las autoridades que convirtieran los andenes en una residencia permanente. El escultor Henry Moore, en la Segunda Guerra, tomó notas para sus dibujos después de ver esa existencia enterrada: «Dramático, pésima luz, montones de figuras inclinadas que se desvanecen», dijo, y la comparó con un «barco de esclavos» que no se dirigían a ningún sitio. Ackroyd llevaba al lector por pasadizos secretos, prohibidos para el ciudadano de a pie, por los túneles del Támesis, e iluminaba una vida bajo tierra plena aún de misterios, peligros y sorpresas.

INGLATERRA SON... PASEANTES, UTOPIAS...

Pocas ciudades existen, pues, que ofrezcan más encantos y enigmas que Londres, que hayan atraído la atención y la creatividad de escritores de todo el mundo. Un ejemplo entre los mil y uno constantes: el Gabriel Josipovici de *Moo Pak* (1994), una genialidad sin un solo punto y aparte, firmada por un hombre nacido en Niza en 1940, de ascendencia italiana, rusa y egipcia, y que en esa novela corta se proyectaba mediante un *alter ego* de portentosa inteligencia y cultura. Su protagonista era un escritor solitario que decía llevar diez años escribiendo una obra que le despertaba reflexiones que compartía sin descanso con un amigo mientras daban largos paseos por Londres. Se trataba de un «judío sefardí de Egipto» cuyo monólogo no era tal, pues su alud de ocurrencias y observaciones era transcrito por el amigo que lo escuchaba, Damien Anderson, aunque al final apareciera un tercer narrador que se refería a aquel.

En todo caso, los pensamientos sobre la vida, la literatura, el tiempo, la sociedad eran de Jack Toledano, consagrado a esa novela de setecientas páginas llamada *Moo Pak* sobre la cual había una gran sorpresa hacia el final del libro que desmoronaba todo lo leído tanto como lo ensalzaba. La vida y obra de Jonathan Swift era capital en este ejercicio narrativo —que

se podía abrir por cualquier página, que tenía un inicio ingenioso, un final novelesco— en el que cada línea planteaba una idea honda y próxima, pero también aparecían Marcel Proust, Franz Kafka, William Shakespeare o Samuel Beckett, quien, como numerosísimos escritores venidos del resto de las islas británicas, abandonó su lugar de origen, en su caso Dublín, ciudad de emigrantes por antonomasia, para venir a esta de paseantes, a tenor por las páginas que se le han dedicado a tal hábito.

Y es que, como decía Oliver Goldsmith en el texto «El pueblo de Londres disfruta tanto del caminar»: «Uno de los entretenimientos principales de los ciudadanos aquí en verano es irse antes de que caiga la noche a algún jardín bastante cerca del pueblo, donde caminan, exhiben sus mejores trajes y sus mejores caras y escuchan algún concierto especial para la ocasión». Es realmente bonita la célebre leyenda de cómo un visitante fue a ver a Wordsworth y, cuando se interesó por ver el sitio donde trabajaba el poeta, la criada le señaló el campo; allí era donde se perdía pensando en sus versos, donde *escribía*.

Es caminando bajo los habituales cielos grises ingleses cuando el escritor y sus personajes captan la vida, la interior y la circundante, para adivinar historias y alumbrar nuevos temas que tratar; de tal modo que se respira la fascinación por cómo Londres resulta estimulante a todas horas: «...me brinda una obra de teatro, una historia y un poema, sin dificultad alguna, salvo la de caminar por sus calles... Andar sola por Londres es el mayor descanso», como apuntó en una ocasión en su diario Virginia Woolf. Para ella, la ciudad era una joya entre las joyas, algo que quedó reflejado en sus novelas y se percibe desde su infancia, transcurrida en una casa junto a Hyde Park.

«Vago sin fin por las cansadas calles, / junto a la orilla del cansado Támesis, / y en cada rostro que me mira advierto / señales de impotencia, de infortunio», escribía William Blake en su poema «Londres», escuchando, en cada grito humano, en cada chillido infantil, en toda voz, «las cadenas forjadas por la mente». La realidad regalaba alrededor aquí un deshollinador, allí un soldado, más allá una joven ramera. Una realidad, por lo tanto, dura, muchas veces fúnebre, que bien podía ser muy similar en su tiempo, segunda mitad del siglo XVIII, que a comienzos del XVI, cuando surgió un autor que cuestionó la sociedad —la suya, la de todo el mundo— con una valentía y brillantez incuestionable.

Todo partió de dos palabras: *ou*, que significa ‘no’, y *topos*, que significa ‘lugar’. Con estas palabras griegas el jurista londinense Thomas More —en español, siempre Tomás Moro— acuñó el término *utopía*, es

decir, un ‘no lugar’, que nació hace medio millar de años y aún estamos buscando, y cuya palabra nos sirve de continuo para mil y un asuntos.

Utopía en efecto no existe, no está en ningún sitio, porque es ideal, sus habitantes allí respetan las leyes en completa armonía. Hoy, el diccionario de la Real Academia Española, dice que una utopía es un «plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación». El neologismo de Moro bebía del recién viaje de Cristóbal Colón, pues no en vano ubicaba a Utopía en una isla perfecta de América, pero sobre todo sus antecedentes habría que encontrarlos en textos como *La República*, de Platón, *La vida de Licurgo*, de Plutarco, o *La Ciudad de Dios*, de san Agustín.

En este sentido, según Fernando Savater, «lo nuevo del libro de Moro no solo es proponer una solución imaginativa a problemas reales, sino señalar con rigor (¡y coraje!) los defectos estructurales que resultan enmendados en la sociedad. [...] No inventa lo que hay, sino que enfrenta lo que hay con lo que debería haber».

En esto se diferenciaba de lo que Platón creó entre los años 389 y 369 a. C., cuestionando en *La República* el sistema de gobierno de su ciudad, que no era otro que la democracia —a tal punto desorganizada por culpa de la guerra contra Persia—, acabando por concebir una sociedad en la que imperaba la justicia desde todos los puntos de vista; algo que, en su opinión, no proporcionaba el pensamiento democrático, que había ido degenerando hasta convertirse en una caricatura de sí mismo.

El filósofo ateniense había pensado que el ciudadano debía asumir el poder de los gobernantes al quedar estos desprestigiados por sus intenciones sospechosas y estar alejados de lo que debía ser su punto de partida: hacer mejor a cada una de las personas que vivían bajo su dirección. En busca de un mejor civismo, Platón propone que el Estado desaparezca frente al buen hacer colectivo de las personas, portadoras del bien filosófico, como había soñado Sócrates. El resultado será la repartición de tareas, la labor de guardianes o militares que pondrán orden, la inexistencia de la familia como tal —lo contrario que expondrá Moro, para quien se trata del elemento esencial de la sociedad—, pues todo se comparte, de tal modo que no hay derecho a poseer una casa, evitando así los dos extremos más peligrosos para la armonía de la convivencia: la riqueza y la indigencia.

A este respecto, Pedro Voltes, traductor de Moro, dice que este fue un paso más allá que Platón al añadir «de su propia cosecha dos notas que completan y humanizan el paisaje un tanto árido y teórico de la república

platónica: el solidísimo sentido común, que hace descender el discurso al terreno de lo aconsejable y provechoso; y la sutil pimienta humanista». Ciertamente, sería un escrito lleno de fantásticas afirmaciones, y por lo tanto de diversas lecturas; incluso el propio Moro, como explica Voltes, lo unió a *Elogio de la locura*, de su amigo Erasmo de Róterdam, para hablar de ambos como «libros que merecen ser quemados antes que traducidos, pues los tiempos se prestan a su mala interpretación».

¿Era pues una obra cómica, poética (es decir, de imaginación), fantástica, satírica, un mero divertimento? El lector actual tendrá la oportunidad de discernir el alcance de las diatribas de Moro, decirse si en efecto un lugar de paz y sosiego tiene que ver con que no haya abogados y se respete a las personas por sus dones espirituales y no materiales, y tal vez responderse lo que decía Paul Turner, en la introducción de la edición inglesa de la obra: «¿Cómo puede un católico devoto haber abogado por cosas tales como la eutanasia, el matrimonio de los sacerdotes y el divorcio por mutuo consentimiento en base a la incompatibilidad de caracteres?». De hecho, entre los utopianos no se considera que haya un Dios creador de todas las cosas, si bien la tolerancia a las creencias divinas resulta absoluta.

Para asimilar las ideas de Moro, que pudieran extenderse a toda época en la que se lleven la palma las corruptelas políticas, no está de más asomarse a la primera traducción que de *Utopía* (1516) se hizo en España, en 1637 (cabe recordar que el original está escrito en latín, *De optimo reipublicae statu, deque nova insula Vtopiae; Del estado ideal de una república en la nueva isla de Utopía*), obra de un hidalgo cordobés amigo de Quevedo.

Precisamente, este aportó una «Noticia, juicio y recomendación de la *Utopía* y de Tomás Moro» en la que habló del ingenio y erudición del autor y ofreció su teoría: «Yo me persuado que fabricó aquella política contra la tiranía de Inglaterra, y por eso hizo isla su idea, y juntamente reprehendió los desórdenes de los más de los príncipes de su edad». El libro II, en que se describe el país, lo redactó en Flandes, donde había sido enviado por el rey Enrique VIII; allí, lejos del poder, formuló la voz del navegante Rafael Hythlodeo en la isla de la Atlántida (el libro I lo escribiría a su vuelta, en Londres, y sería la descripción de la vida social inglesa y su injusta distribución de riquezas) que compuso el rey Utopus al hacer construir una tierra que le separara del continente.

Una isla en que todo es mejor que la sociedad que le tocó padecer a Moro, más pragmática y deseosa de repartir los bienes comunes, sabedora de que todos los males proceden tanto de la propiedad privada —no han faltado los que han calificado a Moro de precomunista— como del,

por decirlo con las palabras de su admirador Quevedo, poderoso caballero don dinero.

... Y LA MONARQUÍA ISABELINA DE UNA ÉPOCA CONTRADICTORIA

Ese es quid de la cuestión, si hablamos de una nación conquistadora, imperial, que anheló acumular riquezas y territorios hasta dominar el mundo, la cual no siempre, ni mucho menos, ha tratado a sus mentes más preclaras con el cuidado que merecían, con la distinción y majestuosidad de la que quiso hacer gala. Sin ir más lejos, Moro, en 1535, fue enjuiciado por orden del rey Enrique VIII, del que había sido lord canciller (cargo que viene a ser el de un funcionario gubernamental importante, al ocupar el segundo puesto entre los llamados grandes oficiales de Estado), acusado de alta traición.

Los *pecados* de este teólogo eran, entre otros, no prestar el juramento antipapista frente al surgimiento de la Iglesia anglicana y oponerse al divorcio de su rey con Catalina de Aragón, reina consorte desde 1509 hasta 1533 y madre de María I de Inglaterra, no aceptando además la denominada Acta de Supremacía, que declaraba al rey como cabeza de esa nueva Iglesia. El pensador permaneció en prisión en la Torre de Londres y fue decapitado ese mismo año. Convertido en todo un mártir, fue canonizado exactamente cuatrocientos años después, y quedó santificado.

Así, san Tomás Moro murió en pleno terremoto monárquico y religioso, dos años antes de que naciera la que comandaría el país a partir de 1558, diera nombre a todo un periodo de esplendor y colocara a Inglaterra en una época de prosperidad económica, dominio militar y excelencia cultural: la época isabelina. La época, huelga decirlo, del Renacimiento británico con un tal Shakespeare en las tablas teatrales, aunque con tensiones de difícil resolución entre protestantes y católicos, por un lado, y entre los representantes del Parlamento y la Monarquía.

El reinado de Isabel I —soberana de Inglaterra e Irlanda, la que fue quinta y última monarca de la dinastía Tudor—, que alcanzó más de cuarenta años, hasta su muerte en 1603, ha generado océanos bibliográficos por la importancia capital de lo que protagonizó la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XVII. En los primeros treinta años de ese periodo, como dice en *Isabel y Essex* (1928) Lytton Strachey, «se llevó a cabo la formidable labor que hizo de Inglaterra una nación coherente, asegurando, por fin, su independencia respecto del continente, y produciendo

un estado de cosas en que las energías todas del país pudieron hallar libre desenvolvimiento».

Para el biógrafo, fue una época de contradicciones capaces de desconcertar la imaginación y confundir la inteligencia: mezcla de sutileza y brutalidad, piedad e incontinencia, belleza y corrupción. Una estampa de alguien cantando un precioso madrigal, junto a un muchacho tocando el laúd en una taberna, podía dar paso al espectáculo de unos perros apaleados que hacían pedazos a un oso. «El ostentoso hombre a la moda, cuya bragueta proclamaba su pasmosa virilidad, ¿no era, al mismo tiempo, con su flotante cabellera y sus orejas enjoyadas, un ser afeminado? La curiosa sociedad que gustaba de tales fantasías y delicadezas, ¿con qué facilidad daba media vuelta y desgarraba con repugnante crueldad a una víctima! Una mudanza de la fortuna —una palabra de un espía—, y esas mismas orejas podían ser cortadas y expuestas en la picota, para regocijo del populacho». Así era esta Inglaterra barroca, incongruente y misteriosa, elevada a un concepto, el *isabelismo*, apunta Strachey, que tuvo un ejemplo culminante de ello en su propia reina.

Cuando esta vio terminada su empresa, en Inglaterra existía una civilización, habiendo conseguido tres décadas de paz antes del conflicto que llevaría a la derrota de la Armada española. En todo caso había en ella «una sombra siniestra», decía el autor, que pintaba un perfil psicológico de Isabel elogioso aunque basado también en aspectos paradójicos. Esta mujer de conversación elegante e ingeniosa, que dominaba seis lenguas, que era excelente en música y en caligrafía, que entendía de poesía y pintura y que, cuando tenía dos años y ocho meses, se quedó sin madre porque su padre hizo que le cortaran la cabeza, sería capaz de segar la vida monstruosamente de un personaje de su entorno directo que, incluso más que ella misma, se lleva la palma desde el punto de vista literario.

Así las cosas, echando un vistazo a algunos narradores insignes que se interesaron por los acontecimientos históricos de aquellos tiempos, no se tarda en encontrar, por ejemplo, al Alexandre Dumas que, entre su ingente obra, dedicó novelas, biografías y obras de teatro a un gran número de personalidades señeras de la historia europea: Napoleón, los Estuardo, Juana de Arco, Luis XIV, los Médicis, Luis XV, Luis XVI, Julio César, Carlos I de Borgoña, Enrique III, Catalina Howard, Calígula y, muy especialmente, María Estuardo, una figura que ha atraído durante siglos a poetas, eruditos y novelistas.

En 1934, Stefan Zweig le dedicaría una de sus imponentes biografías. Surgía en ella la reina de Escocia desde los siete días de vida, la que se